

Salmo 96

1 Cantad a Jehová cántico nuevo; cantad a Jehová toda la tierra. 2 Cantad a Jehová, bendecid su nombre. Anunciad de día en día su salvación; 3 proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas, 4 porque grande es Jehová y digno de suprema alabanza; temible sobre todos los dioses. 5 Todos los dioses de los pueblos son ídolos; pero Jehová hizo los cielos. 6 ¡Alabanza y magnificencia delante de él! ¡Poder y hermosura en su santuario! 7 Tribudad a Jehová, familias de los pueblos, dad a Jehová la gloria y el poder. 8 Dad a Jehová la honra debida a su nombre; traed ofrendas y venid a sus atrios. 9 Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad; temed delante de él, toda la tierra. 10 Decid entre las naciones: "¡Jehová reina! También afirmó el mundo, no será conmovido; juzgará a los pueblos con justicia". 11 Alégrese los cielos y gócese la tierra; brome el mar y su plenitud. 12 Regocíjese el campo y todo lo que hay en él; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento 13 delante de Jehová, que vino, porque ha venido a juzgar la tierra. ¡Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con su verdad!

Gálatas 1.1-12

1:1 Pablo, apóstol (no por disposición de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de los muertos), 2 y todos los hermanos que están conmigo, a las iglesias de Galacia: 3 Gracia y paz sean a vosotros, de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, 4 el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre, 5 a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. 6 Estoy asombrado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. 7 No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren alterar el evangelio de Cristo. 8 Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anuncia un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. 9 Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema. 10 ¿Acaso busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo. 11 Pero os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es invención humana, 12 pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.

Lucas 7:1-10

1 Después que terminó todas sus palabras al pueblo que lo oía, entró en Capernaúm. 2 Y el siervo de un centurión, a quien este quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. 3 Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniera y sanara a su siervo. 4 Ellos se acercaron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole: Es digno de que le concedas esto, 5 porque ama a nuestra nación y nos edificó una sinagoga. 6 Jesús fue con ellos. Pero cuando ya no estaban lejos de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo, 7 por lo que ni aun me tuve por digno de ir a ti; pero di la palabra y mi siervo será sanado, 8 pues también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes, y digo a este: "Ve", y va; y al otro: "Ven", y viene; y a mi siervo: "Haz esto", y lo hace. 9 Al oír esto, Jesús se maravilló de él y, volviéndose, dijo a la gente que lo seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. 10 Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.

Introducción

¿Qué decimos cuando decimos la palabra “evangelio”? ¿Qué significado tiene? ¿Y para nuestras vidas? ¿Qué valor y qué mensaje transmite esta simple palabra?

1. Lo que es el “evangelio”

Una de las cosas que más doy gracias a Dios, es poder saber lo que significa la palabrita “evangelio”. Evangelio significa “buena noticia”, “buen anuncio, que transmite consuelo, alegría y paz”. El evangelio es Cristo mismo, y lo que él ha hecho por nosotros. En este sentido, no podemos confundir el evangelio con una idea. El evangelio no es una idea, sino una realidad viviente: es el “poder de Dios” que da salvación (Ro. 1:16). Y es un evangelio para todas las naciones.

Dios ha cambiado mi vida gracias al evangelio de nuestro Señor Jesucristo. De ser un pecador perdido e injusto, él me ha rescatado y me ha justificado. De estar condenado y muerto en pecados, él me ha perdonado y me ha dado nueva vida. De estar en las más oscuras tinieblas de la muerte, Cristo ha venido hasta mí y me ha dado luz. De estar como ciego y sin rumbo, él me ha devuelto la vista y me ha puesto en su camino. De estar enfermo por causa de mis culpas, él con su amor me ha sanado de todo pecado, de toda maldad, y me ha devuelto la vida eterna.

Todo esto Cristo lo hizo por mí, mediante su encarnación, nacimiento, sufrimiento, muerte, resurrección y ascensión al cielo. Toda la vida de Cristo, fue una reparación del mal que yo, y junto conmigo toda la humanidad, había hecho. Él vino a este mundo a reparar el mal que el hombre ha cometido. No tenía que hacerlo, pero quiso hacerlo en su bondad. No tenía que hacerlo porque él no estaba en deuda conmigo, sino que era yo el que le debía el ser. Pero quiso hacerlo, porque vio que yo no lo podía hacer, es decir, que no podía reparar el daño cometido.

Y esta es la esencia del evangelio, cuando uno reconoce, se da cuenta, que no podemos pagar a Dios por el mal que uno ha hecho, sino que Él nos perdona nuestro mal, sin cobrarnos nada por eso. A eso se le llama la “gracia”. ¿Cómo Dios perdona nuestra mal? A través de Cristo, de su persona, vida y obra. De tal manera que cuando Dios el Padre ve lo que su Hijo Cristo hizo y dijo, y ve que yo confío en Jesús, él ya no toma más en cuenta mis pecados, sino que toma en cuenta solamente tal fe en su Hijo. De manera que ahora, mediante la fe, Dios me considera también un hijo suyo, pues los méritos y las obras de Cristo han sido puestas sobre mí como un paraguas, como un escudo protector, de tal manera que cuando Dios me mira a mí, en verdad lo hace mirándome a través de su Hijo Jesús. Y como Jesús es inocente y santo, así también Dios ahora me considera a mí, por la fe en su Hijo, inocente, justo y santo. Y esto, no es que yo lo merezca, ni que lo haya buscado, sino que lo he recibido de Dios Padre mismo por su bondad, en el día del Bautismo, en el día en que nací de nuevo por el agua y el Espíritu. Y también este milagro de Dios se actualiza cuando de grande (si es que hemos errado el camino) volvemos a leer las Escrituras, y así el Espíritu Santo nos llama de nuevo a la fe, mediante la consideración de esta buena noticia de su bondad en Cristo. Esto es en pocas palabras el evangelio: la buena noticia de que Cristo mismo, su vida y su obra, es tuyo, te pertenece como un don inalienable, es decir, como un regalo que nadie te puede quitar. Si te preguntas a ti mismo, ¿cuál es mi don?, a ello responde: “Cristo mismo, su santidad, perfección, inocencia y justicia es mi don personal”. Esto es lo primero y principal: considerar a Cristo como don.

2. Lo que es estar “en contra” del evangelio

Pero al mismo tiempo, cuando leemos los evangelios, como en este caso la historia del servidor de un centurión romano que se acerca a Jesús en busca de ayuda (Lc. 7:1-10), podemos notar en Cristo también, en segundo lugar, un ejemplo. Cuando el servidor del centurión romano se le acerca en busca de ayuda, Jesús no pierde tiempo en ayudarlo, no pone excusas, no le dice: “No puedo ayudarte porque no eres judío”, o “ahora no tengo tiempo”. Antes bien, Jesús fue con ellos, y ante la fe de ellos, sanó de su enfermedad al criado del centurión.

Ahora bien, la Iglesia Luterana ha cometido el pecado de separar la fe del amor. Este divorcio entre la fe y el amor trae consecuencias. En primer lugar, nos jactamos de tener entre

nosotros la sana y santa doctrina del evangelio de la justificación ante Dios sólo por la fe en Jesucristo, es decir, sin las obras que exige la ley de nosotros, pero no hemos entendido todavía que la verdadera fe trae consigo el amor de Dios, y con él, las buenas obras para el bien de nuestro prójimo. Esta separación de la fe y las obras de amor, nos ha acarreado la más tremenda hipocresía. Decimos ser cristianos con la boca, pero no hay tal cristianismo en el corazón. ¿Qué hay de la misericordia, qué hay de la compasión de nuestro Señor Jesucristo? Uno mira para uno y otro lado, y vemos hermanos sumergidos en el egoísmo, en vicios, en idolatría al dinero, en pasiones desordenadas, hermanos y hermanas perdidos en un espíritu de indiferencia y de maldad, comparables solamente con el espíritu del anticristo.

Solemos decir y confesar que el sistema papal es la mayor de las mentiras, por enseñar que para nuestra salvación no basta la fe en Cristo, sino las obras nuestras o las de algún santo, pero nuestra propia vida puede estar corriendo el riesgo de vivir en esa mentira del diablo. También solemos juzgar a otras religiones y denominaciones, y señalamos sus errores con el dedo, pero nosotros mismos no queremos ser juzgados. Si alguien nos expone algún vicio o algún pecado, no solemos reconocerlo, y nos endurecemos en la frialdad y la terquedad. ¿Qué más voy a decir? El Señor, nuestro Dios, nos juzgará por todas estas cosas, a menos que haya un arrepentimiento verdadero y un retorno al evangelio. Ya basta de estar viviendo contra el evangelio de Cristo.

El verdadero evangelio no nos torna indiferentes, sino más humanos, porque derrama los frutos del Espíritu sobre nuestra vida, que son “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gl. 5:22-23). Es un evangelio para todas las naciones.

3. Lo que es estar “a favor” del evangelio

Dios ha tenido misericordia de nosotros: ha visto nuestra maldad, pero también ha visto la tristeza de nuestro corazón. Si estás arrepentido por estos pecados, es hora de cambiar. Basta ya de horas y horas sin sentido frente al televisor. Basta ya de renunciar a la bondad del Señor. Antes bien, que su misericordia te lleve a darte cuenta de la oportunidad nueva que Dios te está dando, y que la uses para el bien de los demás. Cuando Dios nos perdona, no es para luego pecar y pecar, sino para dejar de pecar. Abandonar progresivamente el pecado, eso es vivir el arrepentimiento, pues ha habido un cambio sincero en tu corazón, como respuesta al evangelio de Cristo, y por lo tanto, movido por la fe, buscas obrar con amor. Es verdad que no puedo de la noche a la mañana experimentar un cambio extraordinario, pues el viejo Adán con sus vicios me empuja para abajo, más Cristo habita en mí y él me lleva para arriba. Si vives tal arrepentimiento continuo, en esa dinámica de la fe y del amor, quiere decir que vives tu bautismo, y por lo tanto eres cristiano.

Déjame ilustrarlo con un ejemplo. Cierta vez una persona iba viajando en tren, y a medida que viajaba, iba mirando el paisaje por la ventana. Veía las montañas, los ríos, los bosques, los arroyitos, los animales en el campo. Pero no veía personas, ni siquiera una sola, todo estaba despejado, sin ninguna persona a la vista. De repente, se da vuelta y mira a su alrededor: tampoco había personas en el tren, era como si hubieran desaparecido. Así también sucede con nuestra vida si la fe no va acompañada del amor. Podemos llegar a creer que la vida es bella, cuando en realidad estamos viviendo en el más terrible de los egoísmos. Podemos mirar un hermoso paisaje, pero lo hemos desprovisto de humanidad. No te conviertas en un inhumano, insensible y frío a lo espiritual, y reconoce antes bien que la misericordia de Dios en Cristo, devuelve la calidez, la amistad y la paz en nosotros, a fin de que seamos más humanos, más solidarios. Eso es vivir el evangelio, eso es estar a favor del evangelio, y el ser cristianos.

Conclusión

Podemos concluir, hermanos, diciendo que el evangelio es el poder de Dios para salvación de todo aquel que cree, del judío en primer lugar, como también del griego, es decir, para el bien de todos. Hay un evangelio para todas las naciones. Vivamos unidos, alrededor de esta única y bendita esperanza, para transmitirla, enseñarla y proclamarla, hasta que el Señor venga otra vez. Amén.